

ritu, como por el orgullo natural y olímpico de su temperamento, la radiante figura de la poetisa se venía esfumando, desde tiempo, en el silencio y la sombra.

No porque se abatiera la llama de su númen, "la flamma viva", que dijera el latino; no porque en su profunda pupila lírica palidciera el panorama infinito; ni porque su cántico postrero hubiera perdido el cósmico diapasón familiar de su lira, ni porque el color y la forma y la armonía abandonaran al mármol y al fuego de su estrofa. No. Ya hemos de ver cómo ella fué grande hasta en su última hora.

Sola en su imposible aventura, heroicamente sola en su impulso visionario, quizo abismarse en el claro refugio de su propio espíritu. Y si nunca poseyó el afán utilitario ni el de la fácil y pomposa notoriedad, ni el de la conquista del admirador innumerable, en los últimos tramos de su vida, ella, junto con su indiferencia se aisló en su Torre, encumbrada torre de meditación y dolor, iluminada por la remota constelación de su alma, circundada de horizontes quiméricos, mudos ante la inquietud de su pupila, clavada en el velámen de la duda y la fatalidad.

¡Qué mucho entonces que por su voluntaria proscripción del mundo, sus contemporáneos hubieran decretado el transitorio olvido? ¡Qué mucho que a su aristocracia intelectual la haya castigado el silencio del rebaño igualitario? ¡Qué mucho que su desprecio por la publicidad y por el éxito, haya provocado el vacío del "snobismo" literario y de la

única crítica de nuestra actualidad, empresa de grafomanía y mutua reclame con sede en el café? ¡Qué de extrañío que eso haya ocurrido con nuestra poetisa, cuando se piensa en el caso análogo de madame Rachilde, considerada una de las primeras mujeres de letras de hoy, y que, por idénticas razones y circunstancias no ocupa en los dominios del éxito literario el puesto que le correspondería?

Hemos venido aquí, señoras y señores, para reparar la injusticia; para poblar aquel vacío hostil con la música soberana de sus cantos y para proclamar a María Eugenia Vaz Ferreira, no solamente la excelsa poetisa uruguaya, la primera en el tiempo y la primera en la majestad del genio lírico, sino que también la suma artífice de la palabra y de la forma cuyo nombre debe figurar, a justo título, en el luminoso elenco que en este primer cuarto de siglo ha reflejado honor y gloria en las letras de América.

¡Soberbio tema éste para una de sus habituales paradojas! Su muerte empieza, en efecto, a resultar su resurrección...

Fué María Eugenia Vaz Ferreira una poetisa absoluta. Baladí, imposible, absurdo sería tentar la definición o la clasificación de su musa cambiante, atrevida y rebelde. Baladí, efectivamente, el gesto